

No quiero sin embargo que se imagine que rehusó el servicio de los amigos desconocidos; desde el momento que permanecen y quieren permanecer desconocidos, no tengo más que bendecirlos con todas las fuerzas de mi alma. Todo el bien que recibiré de ellos, lo aceptaré con el piadoso reconocimiento que se tiene por Dios, y á sus esfuerzos, no pongo más que una condición: no sacrificar la dicha de mi madre á la mía.

Contigo cuento, Ursula, para expresarles mis intenciones incontrastables respecto de esto, y para llevarles el testimonio de mi gratitud infinita.

He inventado un trabajo de pañuelos que bordar, y he dicho á Postel que deseaba absolutamente que esta obra se hiciera en mi cuarto. Irá mañana á pedir á madama Rozel la obrera que vino el otro día con ella: si estoy ausente, dejaré el cuaderno azul detrás del espejo, en el paraje que te designé.

Es tarde. El cielo está cubierto de nubes, la tempestad muje en lontananza. Algunas gotas de agua caen pesadas como plomo fundido y salpican las hojas. Me he puesto á la ventana.

Sobre la copa de los castaños y á través de los ramajes, puedo percibir un ríneon de callejuela alumbrada débilmente por una pálida linterna. Nadie pasa por esa calle estrecha cercada de jardines en todo su tránsito. En el círculo luminoso que trazaba en el suelo el tragaluz del reverbero, distinguía una sombra, la sombra de un hombre inmóvil arrimado á la pared.

Me he retirado vivamente; la sombra, que creía que no la veían, ha extendido los brazos como para retenerme, y entonces, en los latidos que daba mi corazón, he creído reconocer á M. de la Cruz.

Pero me he mostrado animosa: he cerrado la ventana, mas no he podido prescindir de volver un instante despues á ella, y colocando la lámpara de manera que no me denunciase fuera, levanté una punta de la cortina.

Allí estaba todavía, y sin embargo, las gotas comenzaban á caer mas cerradas, la tempestad mugía directamente encima de nuestras cabezas; un viento frío, rasando la copa de los árboles, los bamboleaba como si fueran inmensos penachos; un minuto mas, y los diques del cielo iban á precipitarse.

Volví á abrir la ventana de par en par, poniéndome esta vez en plena luz, hice una seña imperiosa á M. de la Cruz. Comprendió su sentido, se adelantó hasta la mitad de la calle, saludó profundamente y se alejó con paso lento.

Ya su forma se habia perdido en la oscuridad; ya no oía mas que el ruido sonoro de sus pasos en la acera, y con los codos apoyados en la balaustrada de la ventana, yo continuaba mirando...

Ahora el trueno ha enmudecido, la lluvia cae á torrentes. ¡Ah! ¡si lloviera así tambien mañana!

He renovado mis órdenes á Postel, irá á buscarte esta tarde, y para que sepas todo desde hoy, me apresuro á escribirte los acontecimientos de la mañana.

¡Cuando yo te decia que él tiene una hada á su servicio, y que sucede como lo desea!

Ha llovido toda la noche, pero el viento de la mañana ha barrido las nubes. El cielo está trasparente y puro como un mar de azul.

No se ve ni aun flotar el velo blanco de una nube.

No es esto todo; como si ella hubiera sido la cómplice de M. de la Cruz, mi madre me ha hecho prevenir desde por la mañana que haga mi tocador temprano: tiene intencion de salir conmigo, en seguida despues de almorzar, y de ir al bosque de Bolonia por la tarde.

Espera, espera todavía, pues todo esto no es nada. ¡Oh! el hada de mi príncipe es maligna, maliciosa, y todo lo ha previsto. Me resigné bastante fácilmente á faltar á la primera promesa que me habia hecho á mí misma.

No podía, sin otra explicacion que un capricho, rehusar á mamá el acompañarla; luego, amiga mía, mostrándome en el bosque, á donde todo Paris irá ciertamente con tan buen tiempo, no me comprometo á nada. No hay razon para dar la menor esperanza á M. de la Cruz. Aunque no me hubiese escrito, habria ido. Al contrario, dejar á mi madre ir sola, seria mil veces mas comprometido á los ojos de M. de la Cruz. Seria incitarle á creer que se le teme y que se le evita.

Muy preocupada por todos estos razonamientos que me parecieron los mas juiciosos del mundo, dejé á Postel que me peinase á su gusto, sin siquiera mirarme al espejo.

Es verdaderamente una artista, mi doncella, y sabe infinitamente mejor que yo lo que me cae bien. Pero lo mismo que todas las artistas, tiene la debilidad de querer ser admirada, y como yo me levantaba sin mirarme:

— ¿La señorita no quiere ver, dijo, si su peinado le conviene?

— Está perfecto, Postel...

No pude decir mas. Tenia en los rizos del lado izquierdo, la mas linda rosa blanca que se pueda imaginar, un amor de rosa, guarnecida todavía con sus hojas, muy fresca, y que en verdad hacia bonito efecto.

Otra jugada de la hada.

— ¿Y por qué me habeis puesto esta rosa, Postel?

— ¿Acaso contraria á la señorita? preguntó cándidamente la buena peinadora; sin embargo, le va á las mil maravillas.

— Hubiera preferido que no hubiese rosa.

— Es necesario en ese caso hacer un nuevo peinado, suspiró Postel.

Y yo vi que le causaba tanta pena, tanta pena deshacer su obra maestra, que la dije:

— ¡Bah! ¡dejemos eso, Postel! en efecto, mirando mejor, encuentro que la rosa cae muy bien.

Bien mirado, una rosa en los cabellos no es una rosa en la mano, y por hábil que sea la hada, la desafío, á ella y á su varilla, á que me haga quitar esta rosa de mi trenzado hecho expresamente, para dejarla caer por la portezuela de una carretela.

¡Oh! eso sí que seria cien veces peor que lo que pedia

M. de la Cruz. — Se tiene una flor descuidadamente en la mano, y cae. Esto es un accidente mas natural y el que la recoge tiene menos derecho á enorgullecerse; pero deshacer el peinado para arrojar una flor á la cabeza de alguno, he ahí lo que es imposible hacer hacer á la señorita Cipriana, aunque fuera la hada mas ingeniosa de Perrault.

Por último, todo está perfectamente de esta manera. Esta rosa en mi peinado prueba que he recibido el billete de M. de la Cruz, y que acepto la adhesión cuya expresion contiene; y sin embargo, no teniéndola en la mano, ni dejándola caer como pide, le hago comprender claramente que solo la adhesión acepto, y nada mas. Esta idea me tranquiliza enteramente.

Hace mucho tiempo que no he estado ni tan tranquila ni tan feliz. Hace un día hermoso, un sol claro y esplendente. Los pájaros revolotean en mis castaños, cantando de alegría; por poco cantaria yo con ellos y bailaria solita en mi cuarto como una loca.

Pero oigo rodar el coche en el patio, mamá me llama. ¡Adios, Ursula, Cipriana te ama!

XII

RECEPCION MATINAL DE AURELIA.

Hace largo tiempo que han dado las doce del día, y sin embargo, apenas se nota que haya amanecido en el cuarto de la hermosa Aurelia. La luz exterior filtra discretamente á través de las hojas de las persianas y se fija en los ángulos dorados de los muebles de palo de rosa.

Un perfume indefinible, femenino, exquisito, embalsama la atmósfera con sus emanaciones enervantes y voluptuosas. Las telas de las cortinas y de las colgaduras están tambien impregnadas de él.

Desde que se entra en la estancia se siente una languidez penetrante: en este retrete se absorbe por todos los poros una embriaguez adormecedora, un delicioso entorpecimiento.

El aposento está vacío; pero la fina tela de la cama en desórden, y el desórden de las almohadas conservan todavía la marca del bello cuerpo que ha reposado sobre ellas. La dueña de la casa está ausente, pero en el aire que ha respirado, en el objeto que ha tocado su mano, en el tapiz sedoso donde se han apoyado sus piés desnudos, por do quiera ha dejado como una huella, como un residuo de su gracia.

Se oye un murmullo de voz que nos sirve de guía. Levantemos esa cortina-alfombra y nos encontraremos en un elegante comedor adornado á la chinesca. El enlosado de mármol está cubierto con una fina estera; pajaritos extraños

vuolan á lo largo de las paredes, á través de los enrejados, en donde se entrelazan guirnaldas de flores desconocidas y follajes monstruosos; se ven garzas reales melancólicamente apoyadas en una pata en los bordes de lagos de un azul improbable, contemplando cómo nadan las ciprinas con sus escamas de oro, mientras que un pesado mandarín, ventruado como una calabaza, muellemente mecido en su palanquin, cierra y abre suavemente los ojos digiriendo algunos nidos de golondrinas ó alguna pierna de perro asada.

Aurelia y Nini Moustache están sentadas cara á cara delante de un almuerzo que está tocando á su fin.

Nini Moustache sorbe voluptuosamente su café; un frasco de aguardiente colocado á su lado está en su cuarta parte vacío.

Aurelia, negligentemente recostada en el respaldo de su sillón de bambú, la mira sonriéndose con una risa indefinible.

Afecto, ironía, desprecio, orgullo del triunfo, hay algo de todo esto en su sonrisa.

— ¡Vaya! exclamó Nini poniendo sobre la mesa su taza enteramente vacía y apoyándose resueltamente en sus codos, con la barba en sus manos, y sus ojos curiosos fijos en el rostro impasible de su compañera: ¿qué mujer eres pues tú?

— Una mujer, respondió muy tranquilamente Aurelia, que ha visto mucho, amado mucho, odiado mucho, sufrido mucho, hecho sufrir mucho, y á quien, por consiguiente, nada de la mujer le es extraño.

— Creeria algunas veces y sin gran violencia que tú eres la hija del diablo, murmuró Nini, si en otros momentos no me pareciera ver en tí un serafín caído para expiar alguna falta desconocida en el fondo de nuestro infierno.

— Sea yo lo que quieras, respondió friamente Aurelia; ¿qué te importa? Yo te he probado mi poder, y por ahora es todo lo que queria. El otro día me ocultaste tu nombre de familia, acabo de repetirtelo: tú te llamas Celina Durand. Tu hermana ha sido educada en un convento de provincia, tú me lo has dicho, es verdad; pero ¿de qué provincia, de qué ciudad? ¿No te he designado en seguida el convento de las hermanas de Santa Marta, en B...?

¿Quieres que te diga el nombre de la costurera en cuya casa está empleada? Es madama Rozel, calle Vivienne. ¿El de las personas que le sirven de familia? M. y madama Gosse. ¿Su morada? calle Rambuteau. Podria añadir sobre cada una de las personas, sin exceptuar á Ursula, pormenores que te son desconocidos á tí misma. Pero por el momento no tengo necesidad de revelártelos, no quiero mas que convencerte de mi poder. Ahora bien; para encontrar á Ursula en este hormiguero que se llama Paris, para saber todo lo que le concierne tan bien mejor quizás que tú misma lo sabes, siendo su hermana, ¿cuánto tiempo me ha sido menester? Apenas algunas horas; pues lo mismo me ha sucedido respecto al falso coronel Fritz, lo mismo respecto á M. Gigant, el cual, entre paréntesis, no se llama Gigant, sino que tiene otro nombre; nombre que, si tú lo

pronunciaras delante de él, le haría sin duda echarse á tus piés y pedirte gracia.

— ¡Oh! ¡dime ese nombre! ¡ese nombre! exclamó ardentemente Nini Moustache.

— No te lo diré, replicó Aurelia en tono seco. No te lo diré, primero, porque es un arma de doble filo, de la cual no sabrías servirme, y que, en lugar de herir con ella, te herirías quizás á tí misma; y lo otro, porque exijo absolutamente una cosa de los que vienen á mí: la confianza. Ten confianza, y el peso que llevas en el corazón yo lo descargaré tan fácilmente como levanto este platillo. Pondré á tu hermana á cubierto de toda seducción y de toda venganza; retiraré á Luis Jacquemin del abismo de ignominia donde le ha sumergido tu amor; á tí misma te haré mas noble y mejor que lo eres. El pasado irreparable será lavado tanto como puede serlo; solo hay una cosa que me es imposible remediar: devolver la vida á tu padre; pero todavía estoy convencida que tú sentirás en tu propio corazón su perdón refrigerante venir del cielo.

— Y, dijo Nini siempre desconfiada, ¿qué pides tú para eso?

— ¡Nada! Nada mas que la fé, una fé ciega, entera, absoluta, porque la fé es la que salva.

— Entonces, dijo Celina, no comprendo, no puedo comprender, no puedo creer.

Aurelia se encogió de hombros.

— En suma, en todo eso, insistió Nini Moustache, ¿cuál es tu interés?...

— ¡Mi interés! Y tú, alma pervertida, que has nacido mala, como tú decías el otro día, tú que, continuando en llevar á cabo el plan que M. Gigant te impone, dejarías perder á Ursula empujándola con tus propias manos hácia su ruina, vendiéndola, ¿quién sabe? ¿Serías consecuente contigo misma y aumentarías el germen del mal que está en tí? ¿Qué fuerza te obliga á contenerte? ¿por qué vacilas, por qué sufres, por qué llamas en tu auxilio, por qué estás pronta á sacrificarlo todo, hasta el interés grosero y material, que es el único que tú puedes comprender?

— ¡Ursula es mi hermana! respondió con indignación Nini.

— ¡Ah! ¡sí! exclamó Aurelia levantándose: entonces mi alma es mas grande que la tuya, porque para mí, ¡todas las mujeres son hermanas mías!

Vióse entonces como una transfiguración: un rayo de sol brillante cayendo sobre su cabeza trasformaba en aureola la dorada cabellera de Aurelia: su labio levantado desdeñosamente daba á su rostro el reflejo de una santa cólera, como en un arcángel irritado; pero había en sus ojos pintada una ternura inefable, y abriendo sus brazos hizo ademán como si quisiese estrechar en ellos tiernamente contra su pecho palpitante, y en un solo abrazo, á todas las mujeres de la tierra; así á la mendiga como á la prostituta, á la esposa abandonada y á la esposa adúltera; á las desgraciadas como á las culpables. Se hubiese dicho, al verla, que se tenía ante sus ojos la estatua viva de la salvación y del perdón.

Nini pasmada, enternecida, pero dudando todavía, la contemplaba con grande azoramiento.

La visión desapareció, el sol se ocultó tras de una nube, el entusiasmo cedió el lugar á una profunda, una invencible tristeza.

— Escucha, prosiguió Aurelia, me has contado el otro día tu historia, te has retorcido en las angustias de tus recuerdos. Pues bien, si yo te dijese, yo, que todo eso no es nada y que en eso de sufrimientos soportados, de vergüenzas pasadas, de desesperaciones sufridas y vencidas, no eres sino una niña; si yo te dijese que existe una mujer cuyo solo nombre causa horror á los que lo oyen pronunciar, que á esta mujer le han robado todo, muerto todo: su marido, su amante, su hija; que no hay una fibra de su corazón que no haya sido atormentada, ni un rincón de su honor que no haya sido mancillado, ni una gota de hiel que haya sido desviada de sus labios! ¡Si te dijese que, como Lázaro, esta mujer ha salido, al cabo de tres días, viva de una tumba sellada; que un milagro de la Providencia le ha devuelto en un día todo lo que podía devolversele! ¡Ah! y que entonces una voz ha murmurado despacito á su oído:

— « Anda, hija mia, recorre el mundo, evita á tus hermanas los sufrimientos y penas que has soportado, que tu salvación no sea una emancipación egoísta, cuyo tesoro conserves avaramente para tí sola; haz participar esos frutos preciosos á todas las almas de buena voluntad. Realza á la envilecida, consuela á la afligida, protege á la inocente, perdona á la culpable... »

Y si yo te dijese en fin, Celina: « Es esa mujer la que te habla... Hermana mia, ¿quieres retirar tu boca de la copa refrigerante que yo te presento?... Tú has pedido consuelo y el consuelo te viene en mi persona... ¿lo rechazarías?... ¿Dudarás siempre, pobre alma, cuando para ser salvada basta creer?... »

Esta vez Nini Moustache estaba vencida... una parte del entusiasmo de Aurelia se habia apoderado de ella; sintió un estremecimiento en la raíz de sus cabellos y una extraña conmoción interior sacudió todo su ser. Pensaba interiormente: « ¡Oh! ¡sí! ¡esta es verdaderamente mas que una mujer! » Así es que, cuando Aurelia la interpeló directamente, respondió con una especie de veneración religiosa:

— No teneis mas que mandar, vuestra sierva obedecerá.

— ¡Mi sierva! dijo Aurelia con pálida sonrisa. No...; hermana mia! yo soy tan miserable como tú, tan débil criatura como tú, mi pobre Celina, y si Dios retirase su mano de encima de mi frente, me verías llorar y gritar como tú llorabas y gritabas el otro día.

Aurelia apoyó el dedo en un timbre de oro, y la cabeza chata de un negrillo apareció en seguida detrás de la alfombra-cortina.

— Zino, que enganchen el coche. Excúsame durante un minuto, Nini; ya ves, estoy peinada; nada mas que el tiempo de ponerme un vestido.

Y entrando en el cuarto de dormir, dejó á Nini enteramente meditabunda y azorada todavía de lo que acababa de ver y oír.



La cabeza chata de un negrillo apareció entonces.

Al cabo de algunos minutos, Aurelia volvió lujosamente vestida. Al revestirse su traje de batalla, habia vuelto á tomar la sonrisa sarcástica, el aire altivo, la mirada descarada que le eran habituales.

Nini Moustache no reconoció ya á la inspirada de poco antes, creyó haber soñado.

Casi en seguida, Zino levantó la tapicería, é hizo la seña de arrear á un caballo.

— ¿Es mudo? preguntó Nini atónita.

— Sí, respondió Aurelia. No me gustan los indiscretos.

Un elegante coche descubierto esperaba en el patio. Las dos mujeres subieron á él.

— ¡Al bosque! ordenó Aurelia.

Y al trote de dos caballos de pura raza, la carretela echó á andar en dirección á los Campos Elíseos.

— Ahora, dijo Aurelia, arreglándose cómodamente en los cogines, hé aquí lo que vas á hacer:

— Escucho, respondió simplemente Nini Moustache.

— En primer lugar, comenzó Aurelia, ¿cuál ha sido tu parte hasta hoy en la obra de M. Gigant, y cuál es la que te destina todavía? Es claro, ante todo, que la maldad de ese hombre es muy previsora y demasiado cautelosa, demasiado experta, demasiado hábil, en una palabra, para que haya pensado jamás en dominar á M. de Puysaie, solamente por medio de tus consejos y de tu influencia.

Tú no has servido mas que de instrumento de ruina, pues por una criatura como nosotras, un hombre del valor del conde puede, si, deshonrarse, abandonar á su hija y á su mujer, sacrificarlo todo, pero no la consultará nunca; se arruina uno por su querida, pero es á su esposa á quien se consulta. Tú has sido colocada cerca de M. de Puysaie para arruinarle. Al hacerle arruinar por tí, M. Gigant encontraba doble ventaja: primero, un interés directo, puesto que partes con él los despojos del conde; y en segundo lugar,

porque tus vestidos, tus muebles, tus coches, tus caballos, todo, hasta tus diamantes, comprados la mayor parte del tiempo al fiado, eran vendidos por testaferreros de M. Gigant.

— ¿Cómo sabes eso? interrumpió Nini Moustache atónita.
— ¿Qué te importa, puesto que yo lo sé? replicó Aurelia.

Pero, detrás de esto hay otro interés más oscuro, que no toco todavía con el dedo, pero que adivino, el de reducir al conde de Puysaie á la última extremidad de un callejón sin salida, como el en que se encuentra á estas horas, y ponerlo en la necesidad de optar ó entre la ruina ó el casamiento de su hija con el barón Matifay.

Supongamos este casamiento realizado, lo que Dios no permita, M. Gigant ya no tiene necesidad de tí; pero ¿crees que te dejará tranquila? Esos lobos de la vida social olfatean el oro como sus hermanos de las selvas olfatean la sangre. Te tiene cogida por tu hermana, te tiene bastante poderosamente para haberte hecho cumplir, hasta el fin, una obra que repugnaba á tu conciencia; con mayor razón te tendrá cogida suficientemente para hacerte vomitar las riquezas que ha puesto en tu casa en depósito, salvo el vender después á tu hermana, si encuentra ventaja en ello.

Abrumada por esta lógica inexorable, Nini Moustache se callaba.

— ¿Por qué pues, puesto que la tarea á que te destinaba cerca del conde está terminada, M. Gigant te contempla todavía? Es que, si tú no puedes serle ya un ayuda, puedes ser un peligro para él... Tú no tendrías bastante influencia sobre M. de Puysaie para obligarle á casar á su hija, si las circunstancias no le obligasen por otra parte á ello; pero tienes más de lo que hace falta para impedirle que pase adelante, aun á despecho de las circunstancias. No será tú quien hablará, será su propia conciencia que se expresará por tu boca. Él no busca, estoy persuadida de ello, sino un pretexto para romper esa unión cuya odiosidad siente, sin atreverse á confesarlo en alta voz; dale ese pretexto y verás con qué ardor lo aprovechará.

Hé aquí pues cómo obraría yo en tu lugar; suplicaría al conde que pasara á mi casa... le diría que había sabido por el rumor público la noticia del casamiento de su hija con el barón Matifay, y que se me acusaba altamente á mí el ser la causa de ello, y que no quería sufrir el enorme peso de tal acusación. — «Se pretende, le diría, que vos sacrificáis vuestra hija á vuestra querida, y es vuestra querida quien se sacrificará por vuestra hija. Volved á tomar todos los regalos que me habeis hecho, no los quiero ya.» Si rehusa, y rehusará necesariamente, insistes. Si toma la cosa como broma, lo que puede suceder, escucha muy tranquilamente lo que diga, déjale marchar y ciérrale tu puerta. Al cabo de ocho días estará sumiso y tú tendrás la satisfacción de haber realizado una buena acción por la primera vez de tu vida.

En cuanto á lo que toca á M. Gigant, no te inquietes de ello. Yo te doy mi palabra que no se tocará á un cabello de la cabeza de Ursula; todas las tentativas que se intenten contra ella serán conocidas por mí tan pronto como concebidas, y frustradas antes que emprendidas.

La carretela de Aurelia desembocaba en este momento en la plaza de la Concordia, que ofrecía á esta hora un espectáculo mágico: un flujo de carruajes y de jinetes subía hacia la avenida de la Estrella. Las bellas damas, negligentemente recostadas sobre los cogines de color de gamuza ó azul celeste, respondían con pequeñas señas de manos á los respetuosos saludos que los jinetes les hacían al pasar; otros caballeros trotando al estribo de los coches, se inclinaban para hablarlas. Celebridades del gran mundo y del mediano, de la nobleza y de la hacienda, todas estaban allí, y se las reconocía fácilmente por el buen gusto, por el lujo excesivo ó la excentricidad de los carruajes.

A los dos lados de la calzada, en el borde de sus anchas aceras, la muchedumbre apiñada á la sombra de los árboles, ve desfilar, no sin envidia, á estos privilegiados de la fortuna. Como no ve más que el brillante reflejo de la seda y el centelleo de las pedrerías, no adivina los dolores que cubre bien á menudo esta librea de la fortuna; casi siempre los ignora, y tal vez ni aun sería capaz de comprenderlos.

Segun ellos, en efecto, ¿qué sufrimientos ni disgustos serios pueden tener gentes que saborean manjares exquisitos en ricas porcelanas de Sevres, habitan bajo dorados techos y duermen en lechos de pluma y terciopelo? ¿No tener para comprar pan ó para pagar su casa, y no poder adquirir ni aun esto tan necesario sino á fuerza de un trabajo manual, con el sudor de su rostro, esos sí que son trabajos, que son dolores y verdaderos sufrimientos!

¡Dichosos los ricos!

Tal ministro se levanta á las cuatro de la mañana, medita laboriosamente cuando los albañiles duermen todavía, vela aun cuando están acostados hace largo tiempo. La preocupación del peso que le abruma no le deja nunca, le acompaña hasta en los cortos intervalos que concede al reposo. Esos bailes, esas fiestas, esos esplendores, esos espectáculos, esas comidas de aparato que le envidiáis son quizás su mayor suplicio. Después de seis horas pasadas gastándose la vista sobre despachos y correspondencias, le es necesario ir á quemársela al resplandor de las arañas. ¡Ah! ¡cuánto preferiría pasar la velada al lado del hogar doméstico, con su niño sobre las rodillas y un buen fuego en la chimenea!

¡Dichosos los ricos!

Y los coches desfilaban con sus lacayos cubiertos con deslumbradoras libreas, con sus soberbios caballos espumando por la boca é hiriendo el suelo en cadencia con sus cascos secos. Los mancebos de comercio y las costureras se desojaban al ver pasar las duquesas; las chicuelas suspiraban ante el espectáculo de las ricas telas y de los aderezos. Los filósofos regañones refunfuñaban, y el murmurador, el maldiciente mordía con su lengua de vibora, semejante á un dardo ó á un estoque afilado, alguna de esas débiles mariposas nocturnas salidas de un lodazal para brillar momentáneamente y volver á sepultarse en el fango al cabo de algunos años; ¡quizás de algunos meses!

¡Dichosos, dichosos los ricos!

Un coche pasó, escoltado por un jinete á cada estribo. Una corona conchal brillaba encima de un escudo de armas.

Dos damas, de las cuales una muy joven, de radiante belleza, iban sentadas en el coche, hablaban en voz baja y sonreían.

Eran madama de Puysaie y Cipriana.

Los dos jinetes eran M. de Puysaie y el coronel Fritz.

La muchedumbre miró con admiración mezclada de envidia alejarse el brillante carruaje, y una morenita con cofia de percal suspiró:

— ¡Ah! ¡qué felices son estos ricos!

XIII

HISTORIETA DE UNA ROSA.

Es sin duda superfluo el advertir que en la época en que pasa esta historia, el bosque de Bolonia no se parecía en nada al que vemos hoy. No había lagos, no había ríos, no había cascadas. Solamente una yerba seca y rara bajo robles y encinas penosamente crecidos. El cercado lindísimo, donde admiramos todas las ingeniosidades de la jardinería inglesa, ofrecía entonces el aspecto de un bosque mezquino, árido y salvaje.

Sin embargo, — y nosotros protestamos desde luego que no queremos, en manera alguna, comparar en desventaja suya ni en ventaja el presente al pasado, — aquella aridez tan primitiva no era desagradable, al contrario. Las encinas endebles del bosque de Bolonia hacían, con las frondosas y espesas de Saint-Cloud y de Meudon, un contraste que no carecía de novedad y de atractivo. Las cercanías de París son tan privilegiadas bajo la triple relación del sitio, de la fecundidad del suelo y de la abundancia de las aguas corrientes, que presentan casi siempre un aspecto artificial y arreglado. La libre naturaleza se adorna y disfraya en jardines. Solo en medio de todos estos bosques que son parques, el bosque de Bolonia era un bosque verdadero.

Además, por árido que fuese, su proximidad á los barrios ricos había hecho ya de él el paseo más á la moda.

En cuanto hubieron pasado la puerta Maillot, Loredano y el coronel Fritz confiaron sus caballos á sus lacayos, y se colocaron en el coche, en frente de la condesa y de su hija.

Quizás se encontraban así más á gusto para espiarlas, y adivinar en una mirada, en un gesto, hasta qué punto habían llegado sus confianzas recíprocas.

Loredano sobre todo no las perdía de vista... El casamiento de Cipriana era el único medio que le quedaba de librarse de una ruina escandalosa. Ahora bien, comenzaba á desconfiar de sí mismo, y se sentía bastante débil para ceder á una liga de su mujer y de su hija.

Aisladas, se creía suficientemente fuerte para resistirlas. Unidas, conseguirían fácilmente prevalerse de su voluntad vacilante.

Era menester impedir esta unión. Dividir para reinar, según la máxima de los partidarios de la autoridad en la antigua escuela.

En fin, como sucede siempre entre gentes á quienes persigue una preocupación común, se hablaba de todo, excepto del objeto mismo de esta preocupación.

Se reía alegremente en la carretela, donde no había un movimiento, un gesto que no ocultara una tristeza, una aprensión, un pesar ó un remordimiento.

¡Dichosos los ricos!

Los carruajes iban, venían á lo largo de las calles de las alamedas, cortándose, cruzándose, volviendo hacia atrás, haciendo mil figuras y vueltas, como las parejas de una gigantesca cuadrilla.

De repente, Cipriana dió un pequeño grito ahogado, y tocando con el codo la mano de su madre:

— La señora de Monte-Cristo, dijo.

Pero como el coche que designaba se acercaba sin cesar, se ruborizó reconociendo su error.

Aquellas guarniciones y arneses excéntricos, aquellos adornos relumbrantes, aquel *groom* vestido con colores vivos y chillones, no podían, no debían pertenecer á la señora de Monte-Cristo.

Todo eso era de suprema elegancia, sí; pero de esa elegancia indecisa que se roza con el mal gusto. El lujo mismo, por la asonancia de los tonos, el conjunto armonioso de pormenores puede ser modesto. Este era descarado como una impertinencia.

¿Cómo podía ser la señora de Monte-Cristo, esa mujer de miradas provocadoras, vestida ostentosamente, de palabra breve, de risa sonora? ¿Cómo Cipriana la había creído un solo minuto? Sin embargo no pudo menos de murmurar:

— ¡Cuánto se le asemeja!

El coronel Fritz tenía una mala sonrisa en los labios.

— Hé aquí, dijo, á la diva Aurelia que pasa, el vizconde de la Cruz no estará lejos.

Esta frase hirió á Cipriana en medio del corazón.

— ¿Qué podía haber de común entre M. de la Cruz y esa mujer?

El coronel le calumniaba sin duda. Pero qué interés tenía en calumniarle delante de Cipriana, pues que debía ignorar, que ignoraba la relación secreta que le unía á M. de la Cruz.

Un sentimiento hasta ese día desconocido, áspero y tierno á la vez, atenaceaba el corazón de la pobre niña.

— ¿Eran celos? No, sin duda. La señorita de Puysaie no podía tener celos de una Aurelia. — Era indignación y sobre todo tristeza.

Ella no quería dar crédito á las palabras del coronel; pero al corazón le agrada atormentarse. A despecho de sus esfuerzos, ella creía. — Hubiera dado muchas cosas porque M. de la Cruz no estuviera en el bosque, ahora que ella no sabía ya si era por Aurelia que él estaría ó por ella.

Pero este recurso extremo de las almas, que huyen siempre ante la certeza, no tardó en desaparecer. — El vizconde se adelantaba al pequeño trote de un soberbio caballo.